



L. MADRAZO LO PINTÓ

ESPASA HERMANOS EDITORES

P. BUSTIÑOSA LO GRAVÓ

Miguel de Cervantes
Saavedra &

Epílogo. Problemáticas en torno a una figura ¿literaria?: el morisco Ricote que habla a través del ‘atanor’ Cervantes o el escritor Cervantes que se expresa a través del ‘ficticio’ personaje Ricote

Hemos pedido a una serie de especialistas en diferentes campos que analicen en breves líneas esta figura. Y éstas han sido las respuestas, unas efectivamente breves, otras menos, donde se apunta desde el matiz a la puntualización sin evitar la contradicción. Cervantes en puro estado.

Ajeno a todo concepto de personaje literario

Francisco Márquez Villanueva
Harvard University

Sin preparación ni historia previa, e incluso ajeno a todo concepto de personaje literario, el morisco Ricote incide en la obra como la materialidad sin adornos de un ser incrustado en su hilo narrativo. Frente a tradiciones cultas de tanto peso, alza cabeza su sólida presencia total de español honrado, que asume sin asomo de espavientos el peso del atropello con que su patria le arranca de su seno. Ricote es grandioso por la perfección virtuosa (cristiana, que no estoica) con que no abriga rastro de rencores, reclama justicia ni maldice su destino. No culpa a nada ni a nadie, si no es a ciertos equivocados de su propio pueblo. Su patética incapacidad para el odio le impulsa al elogio del rey y (más adelante) hasta del conde de Salazar, que era un monstruo. Claro que Ricote no procede así por insensible, sino por entereza moral y enterizo amor al suelo donde naciera, que ahora pisa jubiloso, en desafío de una pena capital. El morisco no entiende de política, de teología, ni menos de caballerías y por eso su interlocutor, el único posible, es su vecino Sancho Panza y no don Quijote. La presencia de este otro manchego es la irrupción en el libro de la historia hispana de su tiempo en lo que tenía de más negativo y de más estúpido, para vivo contraste de generosidades y vehículo de la condena reconcentrada de Miguel de Cervantes frente a su tiempo, lo mismo que frente a los venideros.

Una impresionante economía de medios

Bernard Vincent
École des Hautes Études en Sciences Sociales

Del largo diálogo entre Sancho y Ricote quizás el momento que más me impresiona es cuando Sancho se niega a acompañar a Ricote a buscar el tesoro del morisco. “Ya te he dicho Ricote que no quiero: conténtate que por

mi no serás descubierto”. Casi al final de un encuentro lleno de amenidad están pronunciadas, en un tono tan cordial como las demás estas terribles quince palabras. Ellas me hacen recordar una imagen tan sencilla como fuerte de la guerra de Yugoslavia vista en un telediario: en 1995 en Srebrenica, instalados en cada orilla de un riachuelo un serbio y un bosnio antiguos convecinos se informaban de la situación de sus respectivas familias. Con una impresionante economía de medios Cervantes nos dice todo, las cordiales relaciones entre un cristiano viejo y un cristiano nuevo tanto como el muro invisible e infranqueable que les separa. Este muro es tan asimilado que Ricote no se inmuta. Reanuda con sus preguntas y luego cada uno sigue su camino. Entre la solicitud y la denuncia la distancia es corta. No se puede expresar mejor la fragilidad de la convivencia.

Un *baciyelmo* llamado Ricote

Luce López-Baralt
Universidad de Puerto Rico

El morisco Ricote constituye una paradoja viva. Su nombre es moneda de doble cara que hace confluir el prejuicio cristiano-viejo (“ricacho”) con la compasión ante la injusticia de expulsar a los moriscos asimilados del Valle de Ricote. Su nombre musulmán originario (¿Ahmed? ¿Hasan?) queda oculto bajo su equívoco atuendo de peregrino cristiano. La fe del morisco agnóstico se debate entre dos polos: ya no sabe si es cristiano o musulmán. Por más, regresa lleno de nostalgia a la patria que lo arrojó de sí, quejándose del mal trato recibido por los suyos en Berbería. Osa celebrar la libertad de conciencia vivida en Alemania, pero simultáneamente enaltece el “gallardo” edicto de expulsión que arrojó a las ‘sierpes’ moriscas del seno español. Todas estas contradicciones vitales las he documentado en las letras secretas aljamiadas: España era tan *baciyélmica* como este hijo que arrojó de sus entrañas.



Encuentro de Sancho con su vecino Ricote,

Dos elementos se dan cita en una sociedad multicultural: el prejuicio y la capacidad para admitir la compleja red de ideas e intereses que definen al ser humano.

Javier Fornieles Alcaraz
Antonio M. Bañón Hernández
Universidad de Almería

El encuentro de Sancho con Ricote nos ofrece un buen ejemplo. La fuerza del prejuicio apoyado por el poder político quiere definirlo ya con el nombre: busca el dinero enterrado, no se fía ni de su familia, va disfrazado, es inteligente y quizás, por eso mismo, más peligroso. Pero es, al mismo tiempo, el hombre que le ofrece ayuda, su dinero a Sancho, que vive con una esposa y una hija “católicas cristianas”.

¿Quién es, pues, Ricote? En un texto, como el de Cervantes, es una pregunta que debe responder cada lector. Un lector que admire el diálogo que mantienen dos vecinos más allá de las prohibiciones establecidas. O un lector que quizás sigue aún considerando como ‘extranjera’ a la propia hija de Ricote, nacida y criada en España, tal y como hacemos con las mal llamadas segundas y terceras generaciones de migrantes.

El realismo comprensivo de Cervantes

Pilar Sanagustín
José Manuel Pérez Tornero
Universitat Autònoma de Barcelona

“Ni Ricote se expresa a través de Cervantes, ni éste través de su personaje, si por “expresión” entendemos transmitir literalmente juicios de valor. En cambio, si “expresión” equivale a construcción estética, entonces el diálogo entre Sancho y Ricote –y la propia historia de Ricote- responde a la estética realista que inaugura la novela. Un realismo, en el caso cervantino, comprensivo, humanista, compadecido con las

historias personales y que se halla muy alejado del didacticismo moralizante medieval. Un realismo humanista y moderno que, pasados los siglos, conserva vivamente su valor: tanto por méritos intrínsecos, como por lo poco que la civilización ha progresado, desde entonces, en lo relativo a etnocidios y crímenes de lesa humanidad.

El retrato de Ricote en la novela de Cervantes pone de manifiesto el poder crítico y disolvente de esta estética -realista, comprensiva y humanista- cuando se aplica a los dogmatismos contruidos en torno a las identidades. Esta estética –que se entretiene en las ambigüedades de lo real- es capaz de dislocar y desarticular lo que para algunos es doctrinaria o políticamente unitario o inseparable. Nos referimos a esos discursos identitarios que se basan en la presunta inseparabilidad de conceptos tales como “patria”, “nación”, “lengua” y “religión”. Porque Ricote es un caso ejemplar de dislocación de esas referencias: de “nación” mora o morisca; de “patria” española; y de lengua “castellana” y “morisca”; de religión, indecisa.

El realismo comprensivo de Cervantes es, también, de una lucidez corrosiva ante la prepotencia de las “tan gallardas resoluciones del Rey” –movidas por “inspiración divina”- que van del “bando”, al “pregón”, y de ahí a la “amenaza”, la “ley”, y su “ejecución”; que son capaces, en su firmeza e intolerancia, de provocar el “destierro”, la ruptura entre familias, el “pánico”, el “terror”, la “desventura” y el “lloro”.

Por lo demás, el diálogo cervantino sobre Ricote responde a un credo estético-filosófico que tanto tiene de estoicismo clásico –“que lo bien ganado se pierde, y lo malo, ello y su dueño”-, como del humanismo erasmista –ácido con la intransigencia y la locura de la sinrazón pero esencialmente comprensivo y piadoso-. Credo que si bien puede alejarnos de la Historia, nos acerca a la literatura filosófica.”

Un bello epitafio

Rafael Benítez Sánchez-Blanco
Universitat de València

Del complejo episodio del morisco Ricote quiero señalar una frase que Cervantes hace decir a la bella morisca Ana Fenix: “Mamá la fe católica en la leche”. Esto lo dice después de haber reconocido que “de aquella nación, más desdichada que prudente, sobre quien ha llovido estos días un mar de desgracias, nació yo, de moriscos padres engendrada”.

Este bello epitafio de la nación morisca –entendiendo ‘nación’ como “conjunto de personas de un mismo origen y que generalmente hablan un mismo idioma y tienen una tradición común” según define el *DRAE*- se completa con una afirmación polémica. Frente a intransigentes, como Juan de Ribera, que piensan que la sangre morisca solo puede transmitir una innata tendencia al mal y al pecado, Cervantes defiende la posibilidad de moriscos plenamente católicos. Y

lo hace, con valentía, en el momento en que esa intransigencia acaba de triunfar.

Decir y desdecir

Mercedes García-Arenal
Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC)

Ricote se dice a sí mismo como teniendo “más de cristiano que de moro”. Así sería el caso de un gran número de moriscos, cuyos ingredientes “cristianos” se harían aparentes para ellos mismos quizá sólo tras su Expulsión. No puedo pensar a Ricote sin Miguel de Luna, un moro que quiere vivir en su tierra, aunque eso suponga vivir entre cristianos, porque pueden (Ricote y Luna) vivir con las contradicciones de decir una cosa y creer otra, adaptándose libremente a cada nueva exigencia de sus soberanos al tiempo que creen preservar en alguna parte de ellos mismos la autonomía del libre pensador o al menos, del pensador, si no libre, que elige deliberadamente someterse en apariencia a los dictados y las ideas de los otros. Diciendo en cada momento lo que es necesario decir sin que nos permita realmente asomarnos a su creencia íntima e interior.

El morisco Ricote y un Mediterráneo convulso

Miguel Ángel de Bunes Ibarra
Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC)

¿Qué sería del pobre Ricote sin la elocuencia y la hermosura de su hija? Ya no es la dama desvalida a la que ningún gallardo caballero esté en disposición de socorrer. ¿Qué puede el caballero, con sus nobles ideales, cuando la injusticia se ha vuelto estructural y ya nada es lo que parece? Se trata de un mundo regido por la razón de Estado, que ni Sancho ni Don Quijote pueden comprender, pero en el cual Ana Félix sale vencedora. La falta de libertad inicia la época del travestismo. El morisco vuelve a buscar sus tesoros en hábito de peregrino, la morisca se disfraza de mancebo y disfraza a su pretendiente (cristiano) de mujer, el renegado que la acompaña pasa por moro en tierras moras y por cristiano cuando llega a Barcelona, desde donde será enviado de nuevo a Berbería, disfrazado de moro... Allí donde van, su identidad transmuta. Islam y cristianismo, España y Berbería, hombres y mujeres... son apenas disfraces o escenarios. Solo aquellos que hayan perdido toda noción de una identidad fija están capacitados para fingirlas todas. Es el triunfo de las apariencias. Y sálvese quien pueda.

Contra un monopolio discursivo

Steven Hutchinson
University of Wisconsin-Madison

En un momento histórico en el que los apologistas de la expulsión de los moriscos disfrutaban de un monopolio discursivo, Cervantes dispone que en el *Quijote* el único apologista de la expulsión sea el manchego Ricote, víctima inocente que habla del inenarrable dolor que ha sufrido él y su familia por esa “tan gallarda resolución” que tanto alaba. En su boca se desvirtúa toda la retórica apologista que él mismo remeda. Se pone en evidencia la gran humanidad de este personaje tan simpático y perjudicado que en su habla y costumbres apenas se distingue de los cristianos viejos. Su hija Ana Félix y don Gaspar Gregorio son dos jóvenes de extremada hermosura en los que se cruzan la identidad sexual –ella vestida de hombre, él de mujer– y cultural –ella es perfecta cristiana sin rastro de su herencia islámica y él es cristiano viejo versado en la lengua árabe. Este emparejamiento amoroso ofrece un modelo alternativo de las relaciones entre los sexos, las etnias, las clases sociales y las lenguas. A través de Ricote y Ana Félix, Cervantes emplea lo que podríamos llamar la ética de la emoción, y –a propósito y desde un recelo oscuro ante la situación histórica– deja sin resolver su destino.

Ricote y los ricoteños

M^a Luisa Candau Chacón
Universidad de Huelva

Do quiera que estamos lloramos por España... Es bien sabido que en los conocidos lamentos del Ricote cervantino resonaban las voces de los pueblos moriscos expulsos tras los decretos de 1609/1614. Pero la elección del nombre y su identificación toponímica con el valle murciano bien pudieran plantear una lectura de mayor profundidad: pues los ricoteños se hallaban en una fase de aculturación superior a otras comunidades moriscas; de hecho habían sido movilizados contra los sublevados granadinos (1568-1570) y eludido las primeras medidas de expulsión de 1609/1610. El informe del dominico Juan de Pereda (1612) acerca del grado de conversión de los moriscos del valle lo ratifica, al presentarnos moriscos consumidores de vino, carne de cerdo y poco conocedores del árabe (bien que –señalaban– los de Ricote, en el habla “*más tonillo* (de moriscos) *que otros*”). Al inventar su personaje, Cervantes extrapola la situación del valle y, así, el morisco anciano que lloraba por su patria natural reuniría en su persona, y en su familia, realidades diversas de convivencia cristiano-morisca y, por lo mismo, actitudes y pueblos diferentes. Cada uno de ellos representaba distintos procesos y distintas actitudes: la mujer y la hija cristianas ambas y, en palabras de esta

última “no de las fingidas ni aparentes, sino de las verdaderas y católicas”, a medio camino el anciano –con lengua y voz “muy castellana”- y “finos moros” sus cuñados. Las medidas de expulsión finalmente afectaron a todos ellos. Aunque algunos volvieron.

Camuflado entre los camuflados

Xavier Cassassas
Universität Wien

Sancho dando limosna (medio pan y medio queso) a un grupo de peregrinos, tocado por su religiosidad, por su aparente religiosidad. Peregrinos extranjeros rezando en una lengua que él no conoce. De toda la letanía, él sólo comprende la palabra “limosna”. Ellos, insatisfechos, reclaman además dinero, con la desfachatez de no haberse preocupado siquiera de aprender la palabra en castellano. Así hubiera acabado la escena, y hubiera seguido Sancho su camino convencido de haber realizado un acto caritativo. Pero hete aquí que entre los peregrinos - por profesión y sin sentimiento religioso alguno- se encuentra camuflado, camuflado entre los camuflados, un vecino musulmán de Sancho al que unía cierta amistad y buen trato. Es Ricote, hacendado musulmán español que, herida el alma por el amor a su patria, retorna a ella a recuperar sus bienes para poder dar una vida digna a su familia: a su mujer y a su hija, cristianas de corazón, en tierra lejana, en el doloroso exilio. Es el musulmán encubierto (condenado a la expulsión por su aparente o falsa conversión al cristianismo) quien descubre a Sancho la falsa religiosidad de los fingidos peregrinos. Vuelta de tuerca al juego caleidoscópico de religiosidades aparentes a que eran forzados, o adoptaban por interés profesional, aquellos que vivían en, o cruzaban, el territorio de la España de aquellos tiempos.

El Ricote y los moriscos históricos

Gregorio Colás
Universidad de Zaragoza

El episodio de Ricote ilustra bien aspectos fundamentales de la cuestión morisca. Los Ricote son moriscos totalmente integrados. No sólo su religión también su cultura es cristianovieja. Él se siente castellano y mantiene buenas relaciones con la otra comunidad como demuestra su amistad con Sancho y su actitud ante el presunto futuro enlace, lógicamente fracasado, de su hija con el rico Pedro Gregorio. Representa el éxito de la política asimiladora lanzada desde el poder. Cuando presiente la expulsión, se comporta como otros muchos pero con algunas diferencias propias del mundo de ficción al que pertenece. Sale antes del bando para buscar el mejor destino a su familia y vuel-

ve no por amor a la patria que, al parecer, siente profundamente sino para recuperar los tesoros que ha escondido. Motivo que no está a la altura del personaje. Tampoco Alemania parece el destino europeo de los que eligieron quedarse en tierras cristianas. Ricote es en realidad un buen morisco. Tibio en religión, partidario de la libertad de conciencia, inocente de los delitos de su nación, acepta sumisamente el destierro como parte del colectivo que sí ha delinquido, aunque hoy no parezca que esa sea la razón de la trágica decisión real. Él y su familia constituyen el microcosmos que refleja el universo religioso y cultural morisco. Rompen el “ todos son uno” que sustentaba la dominante opinión antimorisca y encarnan a ese sector de la minoría que en 1609 estaba en vías de disolverse en el anonimato de la mayoría cristianovieja. Es, en definitiva, un personaje cervantino pero casi todos los historiadores tenemos nuestro Ricote particular.

Un Ricote, dos visiones

Enrique Soria Mesa
Universidad de Córdoba

Desde hace muchos años, al poco de comenzar a estudiar las élites moriscas granadinas, me di de bruces con un texto literario que venía a cuestionar gravemente la ingenua visión que yo tenía, la misma que tantos otros tenían, acerca del carácter *moriscófilo* de Miguel de Cervantes. Qué romántica la triste historia del cautivo Ricote, ese español como el que más que se ve arrastrado al exilio forzoso por el desvarío de un rey, de un valido, enajenados. Pero de la misma pluma salieron expresiones como “esta morisca canalla” “por maravilla se hallará entre tantos uno que crea derechamente en la sagrada ley cristiana”. Son ladrones, que sangran al país. Mezquinos, víboras, se añade.

¿Qué es Cervantes? ¿Quién fueron para él los moriscos? ¿Acaso la figura de Ricote representa su posicionamiento ideológico, y el *Coloquio de los Perros* es una ironía? Tal parece apuntar autores tan ilustres como Goytisolo. Ojalá. Pero yo, modestamente, me permito dudarle. Más bien tengo a Miguel de Cervantes por un hijo de su tiempo, un intelectual capaz de amar y odiar a los moriscos a la vez. Mejor dicho, de despreciarlos como colectivo, y de compadecerse de los destinos individuales. De asumir como un disparate la expulsión de los integrados, que además contribuían a la riqueza nacional, y de desear a la vez el fin de una supuesta *quinta columna* que podía ser la ruina de España. Claroscuro, sombras y luces, en fin, la esencia misma de la España Imperial.

Equivalente morisco de aquellos villanos

Guillermo Serés
Universitat Autònoma de Barcelona

A dejar el gobierno de la ínsula (*Quijote*, II, 54), Sancho encuentra a su vecino y amigo, el morisco Ricote, que vuelve disfrazado, desde Alemania a recuperar sus bienes. Lo define como “caritativo”, “apacible gente”, prudente y “discreto”; afirma que habla, como español que es y de su mismo pueblo, “en voz muy alta y muy castellana, sin tropezar nada en la lengua morisca”. Ha recalado en Alemania porque “allí me pareció que se podía vivir con más libertad, porque sus habitantes no miran en muchas delicadezas: cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte della se vive con libertad de conciencia”. Ricote es el equivalente morisco de aquellos villanos que Lope pintó en *Peribáñez o El villano, en su rincón*: dignos campesinos medianos, con honor, de condición estoica y con un matiz epicúreo, que encarnan un concepto de libertad y espontaneidad radicalmente opuestas a las angustias y apremios de la corte, trepidante y antinatural. Poseen, además, aquella libertad interior que preconizan las principales escuelas espirituales como un bien superior. Más adelante (II, 63), cuando encuentra a su honesta hija Ana Félix en el puerto de Barcelona, muestra su condición de buen padre, magnánimo con su potencial yerno Gregorio y leal vasallo del rey.

Ricote como personaje-espejo

Mercedes Alcalá Galán
University of Wisconsin-Madison

Con Ricote, Cervantes usa la misma técnica que con Zoraida: no son personajes coherentes sino lo que yo llamaría personajes-espejo que reflejan el caos, las contradicciones, las dudas, las fabulaciones, y la ideología que envuelven la expulsión de los moriscos. En su incongruencia Ricote abarca muchas facetas del complicado prisma de la expulsión. En él se conjugan distintos puntos de vista, distintas voces (a veces encontradas) en un solo sujeto. Ricote habla en defensa de la expulsión con la misma voz de los que escribieron el edicto, es un tendero de La Mancha con un inverosímil tesoro escondido, tiene una hija –a la que adora– completamente asimilada y al mismo tiempo es pariente de “finos moros”, aprecia la libertad de conciencia alemana en términos favorables al protestantismo, come y bebe a la manera cristiana, vuelve a España sin problemas, es huésped de honor del virrey de Barcelona, y es lo suficientemente rico como para sufragar un viaje en barco comandado por un renegado para rescatar de un harén argelino al cristiano viejo vestido de mujer que pretende a su hija y que, a diferencia de él y su familia, sabe muy bien el árabe.

El episodio de Ricote

Louis Cardaillac
El Colegio de Jalisco, Guadalajara, México

Es interesante aquí la perspectiva bajo la cual se presenta la expulsión y a través de ella a los moriscos. A diferencia del *Coloquio*, los moriscos no son vistos y juzgados colectivamente, sino que se presentan en este capítulo vivencias individuales.

El desgarrón del éxodo está relatado por el mismo Sancho que confiesa que en aquella ocasión lloró y expone las peripecias de una familia pueblerina, la de Ricote que estuvo en aquellas circunstancias rodeada por el afecto de todo el pueblo.

Nada extraño que empiece el encuentro entre el morisco Ricote y el Cristiano Viejo Sancho con un abrazo y termine con otro fuerte abrazo. Una despedida que simboliza esos lazos íntimos que se tejieron al filo de los años entre seres humanos de distinta “nación”. Pero cuando soplaron los vientos fríos y contrarios procedentes del mundo de la Iglesia y de la Política, se llevaron hasta el recuerdo de esas buenas relaciones. No hubo entonces más remedio que separarse e irse cada uno hacia un rumbo distinto: “Y luego se abrazaron los dos y Sancho subió a su rucio y Ricote se arrió a su bordón y se apartaron”.

El paradigma de una asimilación forzosa

Mar Martínez Góngora
Virginia Commonwealth University

El morisco Ricote es considerado por parte de la crítica como un claro ejemplo de víctima de la injusticia que representa la expulsión de los moriscos decretada por Felipe III en 1610, sobre todo para aquellos descendientes de los musulmanes que demuestran una perfecta adaptación a la cultura de los cristianos viejos. La figura del vecino de Sancho confirma su pertenencia a la nación española mediante el uso de un castellano exento de rasgos propios de los de su “nación”, así como su gusto por el vino y por los huesos de jamón, elementos que constituyen la negación de todos los que marcan la diferencia étnica del morisco. No obstante, la conducta de Ricote constituye más bien el paradigma de una asimilación forzosa a los estilos de vida del sector hegemónico, lo que revela una defensa implícita en el texto cervantino de la inferioridad cultural del “otro” musulmán.

Un trasunto de la ‘cuestión morisca’

Manuel Barrios Aguilera
Universidad de Granada

Cervantes es un formidable observador de la vida de su tiempo, “el tiempo del Quijote”, que de mil maneras reflejó en su genial obra. Ricote es el trasunto de una de las cuestiones más graves que se suscitaron en su vida, la “cuestión morisca”. En su brevedad, el relato de la peripecia de este morisco expulso (y el más novelesco de su hija Ana Félix) refleja una realidad dramática, la arbitraria expulsión, indiscriminada y masiva, de esa comunidad de una tierra de la que era natural y en la que se sentía íntimamente integrada por encima de las diferencias creenciales o culturales respecto de la veterocristiana dominante. Una comunidad la morisca que reflejaba en su estructura interna toda la inmensa gradación de una sociedad viva: en los niveles de riqueza, de asimilación religiosa, de educación, de sintonía social... La investigación moderna se ha esforzado, con éxito creciente, en reflejar esta compleja realidad, que hace más flagrante el drama: desde el número de los desterrados hasta la tenaz recurrencia a regresar a sus lugares, pasando por las ocultaciones para evitar la expulsión, el desgarramiento inmenso de las rupturas familiares, los abusos en el proceso y en los lugares de destino, sus intentos de reagrupamiento, las actitudes de los vecinos cristianos viejos, de ayuda, de indiferencia o de rechazo..., y las razones o, acaso mejor, las sinrazones de una decisión tan brutal de unos poderes débiles y desbordados, inmersos en una confusa espiral de prestigio internacional y extravíos de confesionalización. Mucho se ha investigado, mucho se ha escrito. Cervantes, sencillamente, lo vivió.

Cervantes concreta el drama en su personaje Ricote: peripecia de los que volvieron no para quedarse, sino para recuperar su tesoro escondido provisoriamente a la vista de su obligada marcha. Es el punto de partida del artificio narrativo. Y es en lo que quiero incidir brevemente. La de los tesoros moriscos fue una realidad bien presente. Muchos moriscos, ante la fatalidad de su destino, ocultaron, enterraron de diversas maneras, sus riquezas, mayores o menores (que de todo hubo) con la esperanza de poder recuperarlas un día. No se habla ya del tradicional y fabuloso “tesoro de moros”, tan arraigado en la memoria popular y en la fabulación literaria: éstos son tesoros reales. De unos y de otros era buen conocedor Cervantes. En este caso utiliza los “reales” como explicación primera de la arriesgada vuelta de Ricote (que no excluye la insufrible nostalgia del protagonista de su tierra, aunque haya conocido países más tolerantes). Ricote recupera el suyo, cuantioso, de morisco rico..., y luego hará uso de él para liberar al esposo de su hija, etcétera. Cabe recordar que en otro lugar del *Quijote* aparece la idea de la búsqueda de tesoros también en relación con los moriscos: éste sí, “de moros”. Es en el episodio de los Libros Plúmbeos de Granada, que venía como agua de mayo a su artificio literario, en un suceso no menos cierto de la “cuestión morisca” (que, en mi opinión, supera en mucho los límites cronológicos de la expulsión) aunque mucho más novelesco.

Sobre la hija de Ricote

Vincent Parello
Université Montpellier

Entre novela bizantina, turquería y novela morisca, el cuento a dos voces de Ana Félix y de su padre Ricote el morisco, ilustra la tragedia de la minoría cristiana nueva expulsada de España bajo el reinado de Felipe III. El final del relato se desenvuelve en una atmósfera puramente festiva y carnavalesca. En el puerto de Barcelona, transformado en escenario teatral para las fiestas de San Juan del año 1614, tiene lugar el encuentro entre el padre disfrazado de peregrino y la hija disfrazada de capitán de un bergantín turco. El virrey de Cataluña, seducido por el exotismo y la virtud de la hermosa doncella, se niega a ejecutar la sentencia de muerte que ha pronunciado contra ella y los demás miembros de la tripulación. Si todo acaba felizmente en el mejor de los mundos, el relato aún no ha alcanzado su punto de equilibrio final. Habrá que aguardar la intervención de un renegado español para que el pretendiente de Ana Félix, don Gregorio Gaspar, disfrazado esta vez de mujer para huir de las inclinaciones homosexuales del rey de Argel, consiga recobrar la libertad y regresar a España. En la más pura tradición tridentina, la historia se cierra con la vuelta del renegado al gremio de la Iglesia católica y el encuentro de los amantes separados, consagrando así el triunfo de la ortodoxia y del casamiento cristiano.

La cordura del idiota

Michel Boeglin
Université Montpellier

Ricote, no habla en su largo discurso de religiones sino de una divinidad, más allá de aquellas de las religiones instituidas y de las personales con las que cada uno se acomoda. Si este sentir religioso podía unir a los hombres en la utopía cervantina, las *diferencias* políticas y los enfrentamientos confesionales eran insalvables en la Europa de su tiempo. A la evocación de las víctimas del ominoso bando, bajo la pluma de Cervantes, podía corresponder la evocación del grotesco gobernador de la isla de Barataria; a la propuesta de un tesoro, el temor a colaborar con un vecino amigo devenido enemigo de la Corona; al drama del que llora su patria perdida, el júbilo autocomplaciente del que *apenas ha abandonado su tierra*. Parfraseando a Machado, el morisco, en definitiva, purga un pecado ajeno, la cordura, la terrible cordura del idiota.

Integrarse en Berbería pero recordar

Raja Bahri

Universidad de la Manouba (Túnez)

Ricote es un morisco muy manchego y vecino de Sancho Panza. Pertenece a una familia muy acomodada, se encontraba muy integrado en la sociedad de los cristianos viejos y vivía en armonía con sus vecinos, entre ellos Sancho Panza. Salió de España con la expulsión general de 1609, atravesó los Pirineos y se trasladó con su familia a Túnez. Allí contrariamente a lo que se dice fue muy mal recibido y rechazado por los habitantes de Berbería que veían en él un extranjero, diferente de ellos que hablaba otra lengua. La decepción fue tan grande que decidió volver a España que consideraba como su verdadera patria, dejando a su hija y esposa en Berbería. La idea que tenía era recuperar su dinero y volver de nuevo. Sabía perfectamente que corría el riesgo de ser castigado por la Inquisición, por eso optó por el disfraz. Ricote quería disfrutar de los últimos momentos de felicidad antes de rendirse a Berbería, tierra desconocida y de vida totalmente primaria. Su encuentro con Sancho Panza le llenó de alegría, por eso le pidió que le acompañara a buscar su tesoro y le prometió una recompensa.

Una figura ambigua

François Martinez

(UBS—Lorient)

El morisco Ricote, debido a la polisemia cervantina, es difícil de ubicar o interpretar. Muchos quisieron entrever en su figura una supuesta maurofilia de Cervantes acerca de la cuestión morisca. El alcalaíno hubiera dibujado una figura trágica subrayando el triste destino de la “nación morisca” y tejiendo el duro entramado de su problemática. En efecto, Sancho y Ricote son “hermanos” y “vecinos”, comparten entre otras muchas cosas el ser “españoles” pero por otra parte Ricote arrastra consigo la “mancha” de su “nación” y Sancho no se apea de su montura para abrazarle. La figura ambigua, literaria, de Ricote no deja de corresponder con muchas situaciones concretas documentadas que vivieron los moriscos reales que Cervantes destila con cierta astucia. Pero tal vez lo más importante es que transcribe todo el entramado de los discursos sobre los moriscos de la época. ¿Acaso no se subrayaba la doblez de los moriscos tanto en el bando de Su majestad como en el texto cervantino? El tono y lenguaje empleado por Ricote al hablar del bando que intimaba su salida de España es pura apropiación de la sintaxis empleada por el Rey (“ordené”) y de los argumentos utilizados (“ruines y disparatados intentos que ellos tenían” “todo el cuerpo de nuestra nación está contaminado y podrido”). Al fin al cabo, Ricote fue el espejo que Cervantes tendió hacia la propia conciencia de los españoles de su época y de ahí emana lo profundo y trágico del personaje del que queda el misterio de si se pudo quedar en España o no.

Un personaje travestido

Fernando Rodríguez Mediano

(CCHS-CSIC)

Ricote, suma de las figuras del morisco, es por eso un travestido: parece un franchote, o un alemán, o un tudesco; tan cambiado que Sancho debe “rafigurarlo”. Confundido en su aspecto, también lo está en su interior. Su cuñado Tiopieyo es moro fino, su mujer y su hija “católicas cristianas” y, dice Ricote, “aunque yo no lo soy tanto, tengo más de cristiano que de moro”, y ruega a Dios que le dé a conocer la mejor manera de servirle. Se trata de una experiencia que podría expresarse así: la evangelización masiva es el contrapunto de una introspección en la que la comunicación directa con Dios desdibuja las barreras doctrinales y prefigura las formas de un descreimiento que nace de la propia experiencia. Porque la realidad está tan escondida, es tan inencontrable como su tesoro enterrado, cava que te cava.

Un personaje escéptico

José E. Solá Castaño

Universidad de Alcalá de Henares

“Dos moriscos memorables de la literatura cervantina son, sin duda, Cide Hamete Benegeli, árabe y manchego a quien atribuye la autoría primera del Quijote, y Ricote, el vecino de Sancho y padre de Ana Felix. Escépticos, sin saberse a las claras buenos o malos moros o cristianos, pueden considerarse arquetipos de un hombre de frontera, de alguna manera uno de los perfiles principales del hombre moderno.”

“Es dulce el amor de la patria”

Juan E. Gelabert

Universidad de Cantabria

Llegué a territorio morisco a través del desierto de la nuda historia política. No es difícil dejarse cautivar por el tema. Tampoco es fácil desasirse de él. Lo que a día de hoy sigue cautivándose no es tanto el viaje de ida como el de vuelta. Especulamos -con los documentos en la mano, eso sí- sobre las razones (¿?) de Lerma y de Felipe III para alentar la expulsión. Yo me he abonado a la tesis del chivo expiatorio, tan extendida hoy a pagos no tan disímiles de los de 1609. Se admite toda clase de otras explicaciones (¿?), faltaría más. Ahora bien: a falta de un Ricote que pocos años después de 1492 dé testimonio del porqué de su viaje de vuelta, prefiero imaginar que las mismas razones (ahora ya huérfanas de signos de interrogación) invocadas por él sean un trasunto de las de aquellos hebreos que también decidieron volver en 1493, 1494, 1495...: “que es dulce el amor de la patria”.

Un descendiente de Mudéjares

Trevor J. Dadson
Queen Mary College, University of London

El personaje de Ricote que Cervantes que nos presenta en la segunda parte de *Don Quijote* es el retrato fiel de un morisco de los llamados ‘antiguos’ de La Mancha, es decir, de un descendiente de los mudéjares. En su habla y costumbres Ricote no se distingue de los demás habitantes cristianos viejos—bebe vino y chupa los huesos de jamón; su familia está bien integrada—la mujer y la hija son buenas católicas—y la hija, que más tarde vendrá a ser Ana Félix, tiene novio cristiano viejo. Como tendero en su pueblo Ricote ha alcanzado cierto estatus social y económico, bastante por encima, por ejemplo, del de su vecino y amigo Sancho Panza, labrador analfabeto y pobre. Curiosamente, Sancho se ajusta más a la visión estereotípica del morisco—labrador, analfabeto, pobre, de bajo estatus social—que el propio Ricote. No hay nada en el retrato de Ricote que no encontramos en moriscos antiguos de verdad, gente que llevaba varios siglos viviendo en Castilla la Nueva y asimilándose paulatinamente a la cultura mayoritaria que los rodeaba. En este episodio Cervantes nos demuestra no sólo que los conocía muy bien sino que no compartía la opinión de los que los querían expulsar.

Un contrapunto de Cervantes a la España oficial

Amparo Moreno Sardà
Universitat Autònoma de Barcelona

El encuentro entre Sancho Panza y Ricote, antiguo vecino de su aldea, es utilizado por Cervantes para explicar cómo afectó la expulsión de los moriscos a los distintos miembros de una familia - sus recorridos por la Berbería y por los países de Europa, la decisión del padre de esconder su tesoro acumulado y su regreso a España para recuperarlo -, cómo reaccionó el vecindario ante la marcha de la madre y la hija, y la postura de Sancho, que no tiene intención de descubrir al expulsado pero tampoco de traicionar al rey.

Este telón de fondo es utilizado por Cervantes para que Sancho Panza explique la lección más importante que sacó de su experiencia como gobernador de la ínsula Barataria: “*haber conocido que no soy bueno para gobernar, si no es un hato de ganado, y que las riquezas que se ganan en los tales gobiernos son a costa de perder el descanso y el sueño, y aun el sustento*”. Un contrapunto a la España oficial intransigente y dedicada al expolio de otros pueblos para acumular riquezas.

Una víctima del excesivo celo

Abdennur Prado
Presidente Junta Islámica

Ricote, y su hija, aparecen siempre como hijos pródigos en las dos partes de *El Quijote*. Como otros muchos de los protagonistas del Mediterráneo, incluido Miguel de Cervantes, son los protagonistas de una novela bizantina en la que los intervinientes se reúnen nuevamente en algún momento de su existencia. Personajes, reales o ficticios, que en pocas frases dan buena cuenta de sus vicisitudes a sus interlocutores al ser una historia demasiado conocida, además de compartida y sabida. Hombres y mujeres que dejan a un lado los grandes discursos justificatorios, las apologías de todo tipo, las peticiones de mercedes o reconocimientos de méritos para centrarse en decir que siguen sobreviviendo entre las turbulentas aguas de un Mediterráneo supuestamente pacífico y tranquilo. Se puede reflexionar sobre el hipotético perdón de este colectivo por Cervantes al incluir a este personaje, con el emblemático nombre del grupo expulsado por el exceso celo de alguno de los servidores de la Monarquía, pero ello sería repetir lo ya sabido y estudiado. Ricote y la Ricota, como el Capitán Cautivo, son también la plasmación del peculiar universo humano, creencial y vital que se ha creado en el mar que comparten cristianos y musulmanes en el Viejo Mundo. Un espacio de Guerra Santa o de Cruzada, pero también de sobrevivientes que se acomodan a las circunstancias a las situaciones. Una historia demasiadas veces vivida y repetida, y no por ello menos sorprendente y atractiva, que no nos puede ser indiferente al llevar a los que la padecen hasta los límites físicos y morales en muchas ocasiones.

Un tema central de Ricote: los tesoros moriscos

Dietmar Roth
Concejal de Cultura Vélez Blanco

La familia Fajardo tenía su señorío en los reinos de Granada y Murcia, muy cerca de la tierra del morisco Ricote. Felipe II, en cédula de 26 de enero de 1571, le había concedido al segundo marqués de los Vélez, don Luis Fajardo, el derecho de “tener en su casa y servicio hasta treynta moriscos”, aunque en un informe, redactado en 1573 por el beneficiado Merino se le acusaba al marqués, entre otras cosas, de que el alcalde mayor estaba amancebado con una morisca y que en Vélez Blanco había unos 160 moriscos, los cuales habían vuelto y que estaban llevando armas enfrentándose a los cristianos viejos con el beneplácito del señor territorial, el cual utilizaba a los moriscos como grupo de presión contra la oposición de la oligarquía local cristianovieja. Además, seguían practicando sus costumbres, porque “todos los dichos moriscos hablan su lengua, viven en la

ley que quieren, no oyen misa ni se tienen cuenta con ellos, hazen leyas publicamente cantando en su lengua con laudes, gaytas, rabeles y sonajas, y esto lo hazen muchas veces dentro de la casa del propio marques”. En un padrón de moriscos granadinos residentes en Mula, confeccionado en 1602, encontramos a 209 moriscos de Vélez Blanco, ocho de ellos mercaderes y tenderos, como Ricote. Hasta la máxima autoridad eclesiástica de la zona, el vicario Prado, tenía un sobrino casado con doña Isabel Abiz Venegas. La expulsión de 1584 afectaría a unas 3.500 personas, correspondiendo 222 moriscos al marquesado de los Vélez, aunque todavía quedarían unas familias, como la muy acaudalada de los Mendoza, expulsada en febrero de 1610. Algunas mujeres moriscas se casaron con supuestos cristianos viejos. Mención aparte merece el caso del enlace entre tío y sobrina, familiares del morisco Diego Marín, embajador de Felipe II en Marruecos. Las intenciones de Ricote era recuperar un tesoro que había escondido, tal vez tan cuantioso como uno por el cual fueron encarcelados seis velezanos, “con dos pares de grillos”, en febrero de 1644, “sobre y nputarles ser culpados en la saca de un tesoro que dicen que sacaron en esta villa en el barrio de la Moreria“. La causa se alargó durante meses por culparse mutuamente el administrador de minas y tesoros y el juez de la Santa Cruzada de invasión de sus respectivas competencias. Parece que el tesoro era importante porque las multas ascendieron a más de 2.000 ducados. Junto al pueblo, en el pago irrigado de Algüid, también existía una cañada llamada desde principios del siglo XVII “del Tesoro”.

Ricote es un viajero como el ‘turco’ argentino

Hamurabi Noufour
Universidad de Buenos Aires

Al igual que el discurso dominante de su tiempo obligan a Cervantes a crear al morisco Ricote, también induce a la elite gobernante rioplatense, a crear su musulmán excluible de la argentinidad, antes de cumplir su centenario como país independiente, para retratarse a sí misma como sociedad “con” y no “de” emigrantes. Total que a falta de “moriscos” españoles buenos son los “turcos” argentinos” para fijar la imagen de lo que oficialmente “nosotros no somos” ni deseamos “ser”.

En el primer y único monumento figurativo en el país hasta 1999, obsequiado por esa colectividad como homenaje a la “Nación Argentina” en ocasión del Centenario de su independencia (1910), ubicado tras el edificio del Correo Central Argentino, es difícil discernir si la figura que representa al inmigrante árabe, ataviado a la moda turca con “tarbush”, ambo, chaleco y camisa con moño a la europeos, se está sosteniendo para subir o para no caerse del pedestal que sirve de asiento a la “República Argentina”, personificada por la clásica fémina grecorromana.

En todo caso lo que la rígida simetría de conjunto deja claro es que el “turco” está de más pues la adición del personaje en equilibrio inestable trasmite la desagregación, extranjería y subalternidad con que el discurso dominante representa su presencia en el nosotros argentino deseado. “Posición” simbólica que el colectivo árabe asume como precio de su aceptación local pero que, tal como en el caso morisco, no alcanzarán para evitar que un año después se intentara replicar con ellos la expulsión masiva aplicada a aquellos en 1609.

Y como para que no quede duda, recordemos aquí el argumento central que empleara el Senador por Buenos Aires al presentar el afortunadamente fracasado proyecto de expulsión masiva de árabes (sirios) de la Argentina: “[...] *Como podríamos rechazar á mahometanos berberiscos o judíos berberiscos, á toda esa espuma marroquí y levantina, que no cabe de este lado del Mediterráneo y la civilización la tiene confinada del otro lado, como si estuviera dividida por una muralla? ¿Cómo podríamos negarles la entrada al Río de la Plata, á la República, si hemos aceptado a los sirios?*”

Ricote sigue caminando.